

LAS BELLAS ARTES.

PERIÓDICO DEDICADO

Á LA REAL ACADEMIA DE SAN CARLOS.

Número 44.

Noviembre de 1854.

Breve reseña de la arquitectura española en el siglo XVIII y principios del XIX.—Necesidad de la enseñanza académica para los arquitectos.—Reflexiones sobre la creación de un arte nacional.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Cuantas veces se vea á la arquitectura cambiar de formas, otras tantas la civilización se ha renovado. Si se pára la atención en una época cuyas construcciones no tienen originalidad, puede asegurarse sin temor, que de ella carecen también sus ideas. Los monumentos son la verdadera crónica de los pueblos.

Hipólito Fortoul.

Una vez demostrada la necesidad de la enseñanza académica para los arquitectos, no estaría fuera de este lugar ocuparse del examen de la Escuela especial de Arquitectura, á fin de analizar si los estudios allí planteados se esplican con toda la estension de que son susceptibles; pero habiendo comisionado últimamente el gobierno de S. M. al digno profesor D. Antonio Zabaleta para un nuevo arreglo de aquel establecimiento, nos abstenemos de tocar hoy este punto, reservándonos hacerlo cuando se dé al público la reforma. Pasaremos, pues, á esponer algunas reflexiones sobre lo que dijimos en nuestro artículo anterior.

Hemos sentado que todo edificio será bello siempre que, bien construido, cumpla con todas las condiciones y necesidades del fin para que se le destina, y que además su decoracion tienda á revelar estas mismas necesidades. Así, pues, para juzgar con acierto de la bondad de cualquier composicion arquitectónica, debemos no dejarnos llevar de la primera impresion que cause en nuestros sentidos, sino por el contrario, no fallar, sin que un escrupuloso análisis nos haya dado á conocer el por qué y para qué de todas las partes que compongan el conjunto.

Ocorre con frecuencia que existe desacuerdo entre la primera impresion que causa la sola vista de los objetos, y la que resulta del estudio reflexivo de ellos; es decir, entre una cosa aparente y otra real. Si nuestra imaginacion se ha dejado seducir por ciertas formas que le han halagado á primera vista; si no se detiene ante ellas; si no se pára á investigar de dónde proceden; si no considera el desacuerdo que puede haber entre algunas

partes decorativas y la realidad del objeto para que se destinan, las contradicciones, si las hay, pasan desapercibidas, y una vez acostumbrados á confundir la apariencia con la verdad, jamás llegamos á distinguir lo bueno de lo malo, siempre vivimos en el error, y los juicios que emitimos harán sin duda reir á los inteligentes, y causarán daño á los que no lo sean. Por eso, lo repetimos, es indispensable que á nuestras decisiones sobre la belleza de un edificio preceda siempre el análisis y el raciocinio, examinando el por qué y para qué de todas las partes que lo componen, entre sí y con relacion al todo.

Si conducidos por este análisis y raciocinio nos propusiéramos examinar la mayor parte de las construcciones egecutadas en nuestros últimos tiempos, encontraríamos muchas cuyas fachadas, recargadas de figuras, guirnaldas, adornos de mal gusto y que nada nos inspiran, recuadros, pilastras que abrazan dos pisos, sin acusarnos nada, y cuyo conjunto, en fin, logra solo distraer la vista, pero que carece de un pensamiento fijo y filosófico, igual cabida pueden tener en unos que en otros edificios, sin darnos, por consecuencia, idea alguna de aquel para el cual han sido destinadas. En otras encontraremos pórticos lujosamente decorados, pero que les falta su cualidad esencial, la de poder contener á cubierto la reunion del pueblo ó de cierto número de individuos, que es el objeto con que siempre se construyeron en Grecia y Roma, cuyos edificios se ha querido copiar. En otras aparecerán columnatas que nada sostienen, y que, si se hicieran desaparecer, quedaria el edificio con igual carácter. En otras, por último, frontones que nos acusan terrazas, ó bien cuerpos horizontales, tras de los que se vé el ángulo de la cubierta á dos aguas, etc.

A pesar de que todo esto se ha hecho y se hace frecuentemente, presenciamos con dolor que un dia y otro dia, esos mismos monumentos, indignos en verdad de nuestro suelo clásico, y de todo pais verdaderamente ilustrado y artístico, son objeto de exageradas é hiperbólicas alabanzas, que les tributan la prensa, por una parte, y muchos ignorantes que desean aparecer entendidos, por otra. Y la prensa, fallando con ligereza, y los ignorantes, con su estúpida pedantería, logran de este modo colocar en no merecida altura ciertos

nombres que debieran yacer en la oscuridad, y causan males sin cuento al mérito verdadero, y oscurecen la verdad, y hacen que las buenas doctrinas se olviden, y que el error cada vez mas y mas impere y se entronice en nuestra sociedad. Y mientras sucede esto, apenas se levanta una voz para condenar los innumerables desafueros que diariamente se cometen en los venerandos restos de tantas soberbias construcciones como nos legaron nuestros abuelos y que todavía enriquecen nuestra patria; y nadie clama contra esas mal llamadas restauraciones, en que se hollan á todas horas hasta las reglas y preceptos del sentido común, porque los encargados de hacerlas, careciendo de genio é instruccion, ignorando de todo punto la historia del arte, no pueden identificarse con el siglo en que los monumentos fueron levantados, y, metiéndose á innovar, no saben reproducir con exactitud las proporciones y el carácter de la primitiva construccion; y no se grita contra el vandalismo que amenaza conclair con todo lo bueno que del arte arquitectónico conserva España, y que un erudito crítico señala en las siguientes frases: «En todas nuestras provincias, aun hoy, despues de tantos siglos de guerras y asolaciones, nos admiran los gradiosos despojos de las fábricas erigidas por los Césares; la sencillez religiosa que respiran los de la monarquía asturiana; la voluptuosidad oriental y minuciosa delicadeza de los palacios y mezquitas árabes, con sus bulliciosas lacerías y brillantes alharacas, la misteriosa lobreguéz y sombrío carácter de las romano-bizantinas; la arrogancia y graciosa belleza de las gótico-germánicas y su atrevimiento y profusa y ligera ornamentacion; la risueña coquetería y el general y ostentoso acicalamiento de las platerescas; el clasicismo y los delirios, y la anarquía artística de las churruiguerescas.»

No se crea por lo que hemos dicho que pretendemos prevalezca solo el raciocinio; no desconocemos que, á fuerza de sujetarnos ciegamente á él, podríamos hacernos frios y amanerados. Nada de esto: por el contrario, vemos con sentimiento que las tendencias exageradas de nuestra época por el razonamiento hacen que la imaginacion pierda algo de su lozanía, y no somos partidarios de los extremos. Condenamos del mismo modo lo que se hace sin reflexion, que lo hecho con mucho estudio, pero sin ingenio. Así es que no estamos por la mayor parte de las composiciones arquitectónicas contemporáneas en nuestra España, las cuales se reducen, por lo comun, á tomar de acá ó de allá, sin los conocimientos suficientes, imitando de una estampa del renacimiento una cosa cualquiera, y queriéndola unir con otra del plateresco ó griego, ó bien copiando exactamente una de las construcciones modernas de Alemania á Francia, sin hacer las modificaciones que se requieren en nuestro caso particular, y sin el razonamiento previo de los detalles y conjunto; ni estamos tampoco por que no se añada cosa alguna

que no esté previamente razonada, privándonos así de tomar algunas licencias que puedan embellecer y engalanar todos los géneros conocidos hasta el día.

Nos resta ahora esponer algunas reflexiones sobre la creacion de un arte nacional, y para ello daremos principio, manifestando la opinion de los que creen en la posibilidad de una arquitectura propia y peculiar de nuestra Península, cuyas formas se distingan de las conocidas hasta el día, y que sea hija de nuestros materiales, de nuestras costumbres, de nuestros usos, de nuestra religion, etc.

Los que así opinan, contándose entre ellos el profesor D. Anibal Alvarez, razonan del siguiente modo:

«La arquitectura jamás es buena cuando se pretende que sea una en su género, ó universal, porque su bondad es relativa, y debe tomar en cada punto del globo un carácter especial, carácter que no puede determinarse con reglas generales, sino que ha de nacer de las circunstancias con que debe estar en relacion y armonía, cual lo está todo en las obras dispuestas por la sábia naturaleza; por consecuencia no se puede admitir el que se conciban y egecuten las obras de un modo uniforme, sujeto á iguales reglas y proporciones en todos los puntos del globo, en razon á que cada pais tiene su clima, sus productos, sus costumbres, su religion y sus leyes peculiares. ¿Podrá haber una arquitectura, tan acomodada y flexible, que se ajuste á las distintas exigencias de pueblos diversos, que sirva igualmente para todos, y á todos satisfaga, correspondiendo á las necesidades respectivas que en cada uno de ellos crean las circunstancias privativas y locales? Desde luego se comprende que semejante universalidad no es posible en un arte cuya belleza y bondad siempre es relativa.

«Luego para proceder con acierto en el estudio de un proyecto se debe empezar haciendo un análisis de los materiales de que se puede disponer, estudiando su naturaleza, su resistencia, su configuracion y demás pormenores necesarios para llegar á conocerlos bien, y conocidos poderlos invertir con arreglo á las propiedades naturales de cada uno, sin exigirles lo que sea opuesto á éstas, ni pretender que den lo que no posean. Por el contrario, se debe siempre secundar la naturaleza de cada uno de ellos en vez de contrariarla. El estudio de las propiedades y clases de los materiales, de que puede hacerse uso, es de suma utilidad, pues nos suministrará datos suficientes que determinen por sí mismos la forma y proporciones que les hayamos de dar. Supóngase que se necesita una columna que ha de sostener un peso dado, pero que se ignora de qué materia va á ser: en este caso ¿será posible trazarla? no; pues desde el ladrillo hasta el hierro, hay muchos materiales, como la madera, la piedra berroqueña, la de

«Colmenar, el mármol y otros infinitos, que cada uno tiene su diferente calidad y su diversa resistencia; y como estas propiedades son las que han de determinar el grueso de la columna y hasta sus molduras (puesto que no con todos los materiales se pueden hacer unos mismos columnos y detalles, claro es que no podremos trazarla en tanto que no poseamos aquellos datos. «Por consiguiente á cada material se le debe dar el carácter que mas en armonía esté con su calidad, porque de este modo no solo habrá la debida propiedad en todo, sino que llegará el día en que la persona que conozca bien los materiales, podrá conocer por el simple diseño de una columna trazada para ejecutarse en Madrid, por ejemplo, cuál será su materia, y cuánto el peso que está destinada á sostener.....

«Lo mismo podemos decir respecto á las piedras, pues el modo de invertirlas debe ser dictado por su formacion y por la naturaleza respectiva de las infinitas clases que hay de ellas; las artificiales, ó sean las tierras cocidas, son en sus propiedades conforme á los terrenos de donde proceden; por consiguiente es necesario además tener muy en cuenta estas circunstancias, no solo para usarlas con propiedad, sino tambien para darles la forma que mas convenga con su calidad; y en fin, es preciso proceder constantemente de manera, que dando á cada material la inversion que su naturaleza dicte, se logre que el edificio tome el carácter particular que las propiedades peculiares de aquellos imprimirán indudablemente en él.»

Difícil nos parece la tarea de los que creen encontrar por este medio un tipo original y puramente local; porque si bien confesamos que la bondad de la arquitectura es relativa, y que debe estar en consonancia con las circunstancias particulares en que hayamos colocado nuestra composicion, de aquí solo deducimos lo que dejamos ya consignado en nuestro artículo primero, al tratar de la ornamentacion, á saber: que ésta debe servir como un medio aclaratorio, á fin de averiguar mejor las buenas cualidades de distribucion y construccion que ya posea el edificio. No podemos asentir del mismo modo á que por aquella razon nos esté prohibido elegir uno de los tipos de las arquitecturas hasta ahora conocidas, modificarlo, imprimiéndole un carácter particular, y aplicarlo á nuestro caso en cuestion; pues no por esto se dirá lo hemos copiado exactamente, ni dejará el edificio de tener la bondad relativa, cualidad que reconocemos indispensable.

Sentar como fundamento que, dando á cada material la inversion que su naturaleza dicte, se puede lograr que el edificio tome un carácter particular, es, en nuestro concepto, una suposicion gratuita. A la altura de conocimientos en que nos hallamos, el cálculo aplicado á encontrar las resistencias de los materiales nos dá fórmulas genera-

les, que luego es necesario modificar, teniendo en cuenta las alteraciones que sufre el material de que vamos á servirnos, con el tiempo, las circunstancias particulares de su formacion y empleo, y otras mil circunstancias. Además, por haber calculado el grueso de una columna de hierro, por ejemplo, que ha de soportar tal ó cual carga, y ha de tener ésta ó la otra altura, ¿debemos deducir que la forma de su basa ha de ser necesariamente ática, y ha de presentar filetes ó escocias, éstas ó aquellas combinaciones, mas ó menos complicadas, supuesto que á todas se presta, y que su capitel ha de ser griego, romano ó gótico, ó que no tenga capitel alguno, sino otro remate caprichoso?

Por otra parte, ¿no vemos que de una misma cantera se han destinado piedras para las catedrales góticas, en donde se han tallado los follages, los filetes y baquetones que caracterizan este género, mientras que antes y despues del gótico han sido aplicadas iguales piedras á las construcciones severas y macizas y los bajos relieves del romano y del renacimiento?

Si en presencia de estos diversos destinos tratásemos de investigar la mejor inversion que de dichas piedras podemos hacer, no tendríamos otro norte que nos guiara sino la mayor ó menor perfeccion con que estuvieran trabajadas, ó, lo que es lo mismo, la habilidad del lapidario ó escultor que las tallara.

No hay pais tan pobre en materiales de construir que al proyectar el artista su composicion se vea reducido á tener que adoptar ciertas formas, porque no se presten aquellos á algunas otras que su imaginacion le pueda dictar. Si al hacer un artista su proyecto tuviera que sujetarse precisamente á ésta ó la otra forma deducida ya por el estudio que de la naturaleza de los materiales hubiese practicado, entonces reduciríamos el arte puramente á unas cuantas reglas.

Ningun género de arquitectura de los conocidos hasta el día ha sido creado por este medio: cada uno de ellos fue hijo de una sociedad distinta de las demás sociedades en su constitucion, usos, creencias, religion, etc., ó de grandes sacudimientos y trastornos que, cambiando esencialmente una misma sociedad, hubieron de imprimir su sello á las artes, pudiendo decir con el Sr. Caveda que *«un género dado de arquitectura representa una civilizacion; es su producto; lleva el sello de su carácter; participa de su espíritu. Solo bajo el imperio de una idea generalmente adoptada, y con el sentimiento de las naciones que progresan en su desarrollo social, se erigen esos monumentos donde imprimen para siempre las señales de su tránsito y la marca indeleble de su civilizacion.»* A esto se debe el que en un mismo pueblo se hayan sucedido diversos estilos arquitectónicos, muy diferentes por cierto en sus formas generales y sus accidentes, siendo, sin embargo, unos los materiales empleados en

todos ellos; los que el país producía. De aquí deducimos y sentamos como axioma, que «el artista subordina, acomoda, hace servir los materiales á sus pensamientos, á su composición; pero jamás, ó muy rara vez, debe tratar de sujetar éste á los materiales.» El génio, el espíritu, triunfando de la materia, haciéndola servir á sus varias y distintas miras, este es el arte.

Nos parece suficiente lo dicho para probar que no es acertada la opinión de los que creen que, dando á cada material la inversión que su naturaleza dicte, puede lograrse que la arquitectura tome un carácter particular. Lo que lograremos con este estudio es solamente variar el sistema de construcción, como vemos que efectivamente sucede, pues que el de Valencia, por ejemplo, es diferente del de Madrid, etc.

Pasemos á exponer la opinión del Sr. Zabaleta, que contestará por nosotros á los que, apartándose de los anteriores creen, sin embargo, en la posibilidad de la creación del arte nacional.

«¿Puede pedirse á nuestro siglo una arquitectura que le sea propia, esto es, un sistema de construcción enteramente nuevo, especial, individual, y que se distinga de los que le han precedido? No vacilamos en responder negativamente, porque la arquitectura es un arte que reproduce con demasiada exactitud el estado de las costumbres y de la sociedad, para que de nuestra época, época de indiferentismo, época sin creencias de ninguna especie, pueda surgir una creación dotada de tales caracteres y de tal vida, que logre personificar lo que realmente no existe. Semejante privilegio es exclusivo de los siglos en que todo un pueblo aparece sometido á una misma creencia, animado de un mismo pensamiento, agitado por una misma pasión. Entonces es cuando se ven consumarse las grandes revoluciones en el arte de construir; pero la duda, el escepticismo y la indiferencia no pueden engendrar cosa alguna, dejando solo en pos de sí una huella imperceptible y perecedera.

«Necesario es, pues, resignarnos, porque, según todas las probabilidades y apariencias, no produciremos, como tipo propio de nuestra época, ninguna de las innovaciones arquitectónicas que caracterizan los grandes siglos del arte; no por la razón que muchos creen de que nos sea imposible encontrar una forma nueva y distinta de las empleadas hasta ahora, sino por falta de uno de los grandes acontecimientos que á la arquitectura impulsan á engendrarla. Así, pues, lo repetimos, en nuestro entender no presenta el siglo actual las condiciones necesarias para producir tan grandes y bellas creaciones.»

Las cortas dimensiones de nuestro periódico no nos permiten sino tratar ligeramente las materias enunciadas en el epígrafe de este artículo; por eso lo terminamos aquí. Pero en los números sucesivos, al hacer el examen y análisis de ciertos monumentos públicos de España, de esos que

son mas conocidos, y que por su destino llaman mas la atención de toda clase de personas, ampliaremos nuestras doctrinas, y daremos mas claridad y extensión á las ideas que dejamos apuntadas.—J. Lozano.

Sección doctrinal.

CARÁCTER DEL HOMBRE

según su condición social, costumbres y género de vida.

Es tan íntima la relación que existe entre las emociones del espíritu y los movimientos del cuerpo, es tal su correspondencia y armonía, que las acciones de nuestra naturaleza material nos revelan fielmente los sentimientos especiales de los individuos: ellas son siempre el resultado de las vibraciones reflejas de los nervios, obedientes al impulso ó reacción que el alma ejerce sobre nuestros sentidos y en general sobre todo el cuerpo. De ahí es que, cuando predominan ideas especiales ó apasionadas en los individuos, escitan movimientos repetidos, hasta constituir un estado particular y constante, conocido comunmente bajo el nombre de *génio ó carácter*, y que se halla representado por la suma de ciertos signos físicos que revelan la naturaleza moral del hombre. Por consiguiente dejaremos sentado: *que el grado de actividad y preponderancia que ejercen las pasiones sobre los individuos, imprimen á cada uno cierto estado habitual, que los distingue y que se manifiesta por determinadas señales exteriores del cuerpo, las cuales sirven evidentemente para hacer su respectiva calificación personal.* Este estado habitual será pues lo que llamaremos *carácter*, ó, según otros, *fisonomía moral*, siendo su calificación relativa á las ideas fijas ó dominantes que reasume. Desde el primer momento que un hombre trata á otro, se ve naturalmente inclinado á conocer su carácter, y dice, como por instinto, ese sujeto es iracundo, amable, afectuoso; este altivo, orgulloso y violento; aquel débil, triste y compasivo; ese otro, duro, impío, inhumano etc., cuyos caracteres difieren según las necesidades, profesiones, estado social, costumbres y género de vida, contribuyendo tambien muy particularmente las virtudes y los vicios, los cuales suelen ir unidos indistintamente á cualquiera condición social. No necesitamos de grandes esfuerzos para confirmar lo que vamos esponiendo; nos bastará recorrer los caracteres mas sobresalientes de los individuos bajo el punto de vista que acabamos de indicar. Así el artista, reconociendo los rasgos corporales mas sobresalientes en virtud de la actividad de las pasiones, podrá representar con el lápiz ó el cincel el carácter ó expresión moral y la variedad de formas que á cada persona corresponda.

El hombre siempre aspira á encumbrarse, por esa ley natural inevitable del amor de sí mismo; constantemente quiere ser rico y se afana por con-

seguirlo, mientras que la fortuna unas veces le mira con indiferencia, otras chasquea sus esfuerzos, y también suele prodigarle honores, gloria y opulencia. Estas desigualdades sociales de los individuos se hallan sujetas á determinadas circunstancias, que influyen necesariamente en el desarrollo de su constitucion física y naturaleza moral. El poderoso colmado de riquezas vive en la suntuosidad de la Corte ó de las ciudades populosas, en medio de todas las grandezas, delicias, pompas, palacios, regalos, pasatiempos y tesoros; es halagado de cuantos le rodean, mirando con indiferencia, menosprecio y hasta con altivéz y orgullo á cuantos juzga inferiores y necesitados: es afeminado, comprime su cuerpo y lo envuelve con todos los adornos mas estravagantes de la moda, usa todos los afeites y pintarroteos conocidos, y se admira á sí mismo, cual otro Adonis, queriendo imitar á un pisaverde de París ó á un petimetre de Lóndres, rozagantes monuelos, como los llama Virey, engendrados por esa civilizacion moderna, ó mejor dicho con Londe, por esa perversion social.

El hombre rico abusa con frecuencia de los deleites de la vida, de modo que la pereza, la desatención en los manjares, el abuso de las bebidas espirituosas y la compresion de los vestidos atajan el completo desarrollo del cuerpo, alterando la belleza de sus formas y viciando su carácter ó naturaleza moral.

Suele presentar un rostro afeminado, á las veces gracioso, pero sin energía; sus gestos son artificiales, sus maneras estudiadas, advirtiéndose una discordancia continua entre lo que manifiestan y lo que debieran expresar naturalmente; ¡fraude miserable, llevado por los cortesanos á la perfeccion, pero que no pasa desapercibido para un regular fisonomista ó para aquel que posee el recurso de una esperiencia moral del corazon humano! Estos signos de las espresiones artificiales se hacen mas sensibles cuando los comparamos con el estado corporal de los niños, lo mismo en el dolor que en la alegría, en el placer que en sus deseos, en cuyos sentimientos les vemos entregados de todas veras á su natural espresion, hallándose sus gestos en completa armonia con la idea ó pensamiento dominante. A las veces también en los hombres de gobierno como en las personas de cierto rango, respeto etc. aconseja la prudencia una grande reserva, ya porque tienen obligacion de velar por la tranquilidad de sus subordinados, ya también para hacerles desviar de los sentimientos é inclinaciones reprobadas por una buena sociedad, y ¡todavía sin embargo se traslucen ciertos gestos y movimientos secretamente estudiados, demasiado conocidos por un ojo atento y suspicáz! El language y los ademanes de la franqueza, que son los del corazon, son instintivamente apreciados del vulgo, así como también este sabe aborrecer naturalmente la hipocresia y la ficcion.

Al lado del hombre que trae consigo el lujo, los deleites de la vida, de carácter soberbio, vanidoso y quijote, consideremos al otro desnudo y de horrorosa mendigüéz, lleno de necesidades, de miseria y de afliccion. Este vá cubierto con un vestido viejo y roto que deja entrever sus ennegrecidas carnes, hijas, por decirlo así, de una escasa y mala alimentacion; anda descalzo y resguarda su cuerpo de la intemperie con una capa llena de agujeros y pingajos, lleva los cabellos largos y la barba crecida, presenta la fisonomia contrada, triste, espresando el dolor y la necesidad imperiosa que tiene de recurrir á su menesterosa existencia implorando la conmiseracion de todo el mundo, alargando el brazo en ademán de recibir con la mano abierta tan solo un triste y momentáneo recurso, que á las veces le dá el rico después de haber oido repetidas veces su lastimoso clamoreo. En fin, véanse los excelentes dibujos inventados por Callot, y en ellos encontraremos fieles retratos de la mendigüéz.

Entre las clases sobrado encumbradas y las infelices, se encuentran diversos estados de la mediania, ejercitándose en las ciencias, en las artes, en el comercio y en la industria.

El hombre dedicado á las tareas literarias, aun cuando la naturaleza le hubiese dotado de una constitucion robusta, la modifican notablemente el incesante estudio, las vigiliias continuadas y los descuidos en el régimen higiénico, que le ocasionan el enflaquecimiento, la disminucion de sus fuerzas corporales y la falta de actividad en los órganos, sobrado empleada en el cerebro por la reflexion.

Los literatos escritores y funcionarios públicos, los médicos, abogados, poetas, artistas, compositores de música, etc. jamás podrán conciliar la robustéz física con la energia moral: es difícil hallar en la historia el ejemplo de un hombre que haya reunido á unas grandes fuerzas corporales un esclarecido entendimiento: entregados constantemente á una profunda meditacion, no se aperciben de sus necesidades naturales y por consiguiente se olvidan á menudo de satisfacerlas; así es que el sistema nervioso sufre una doble escitacion, predominando eficazmente sobre todo su organismo. Estos individuos suelen presentar un cuerpo delgado, pálido y muy impresionable, un semblante animado de facciones que se contraen ó se ensanchan segun la influencia de las ideas dominantes; sus miradas denotan grandes pensamientos, nacidos como por inspiracion, y por último todos sus esfuerzos tienden á engrandecer su poderío, su nombre y sus riquezas.

Si pasamos de las ciudades populosas á los lugares ó aldeas, veremos que el hombre aventaja en robustéz y fuerzas físicas todo lo que desmerece en sus facultades intelectuales. El rústico labrador, ocupado incesantemente con los pesados trabajos del campo, sufre los ardorosos rayos del sol que ponen áspera y rugosa su piel y ennegre-

cido su rostro, el cual, poco versado en las expresiones y en los gestos, presenta cierto aire de estupidez y de simpleza que cualquiera sabe distinguir al primer golpe de vista, particularmente cuando se traslada á las ciudades en donde todo le es extraño, todo le causa admiracion y asombro. La muger, aunque morena, suele ser graciosa, tiene un semblante mas espresivo; pero á pesar de todo esto, ¿qué diferencia no se advierte entre estas rústicas y sencillas labradoras y las damas melindrosas de la Corte, en las que una educacion novelesca despierta prematuramente sus pasiones, dando lugar á la esterilidad, ó cuando menos al engendro de una prole débil, raquítica y escrofulosa!

Si descendemos á considerar el carácter del hombre bravo ó salvaje, le veremos menospreciar la honra, la gloria y la opulencia en medio de los bosques, malezas y despeñaderos; subsiste de la caza y de la carne de los animales, es desidioso y aragan, á la par que de una constitucion fuerte, mas ó menos atlética. El negro, aun siendo esclavo, menosprecia al hombre social como destituido de toda razon (1).

Los alimentos sanos, un clima templado y un ambiente puro contribuyen poderosamente tanto á un carácter bondadoso y apacible cuanto á la belleza y regularidad de las formas, siempre que ni las malas costumbres ni los oficios ó género de vida hagan desmerecer la buena moralidad y configuracion del cuerpo. Una jóven y pundonorosa doncella es indescriptible en esas dulces emociones y fugitivas miradas que rinden el corazon del mas indiferente al amor, mientras que la remilgada ramera, abandonada á todo género de excesos y de orgías, afecta gracia y compostura, escitando la liviandad con sus atrevidos gestos y fingidos ademanes.

Descubrimos por otro lado en el monge un carácter grave, humilde y misterioso, que revela su verdadera mision para con Dios y los hombres, esto es, el amor divino, la paz de las familias y la tranquilidad de la conciencia: habiendo consagrado su vida por una parte á la soledad y contemplacion y por otra á sus votos y preceptos religiosos tiene una vida sedentaria, come legumbres, verduras y vegetales aceitosos, todo lo cual contribuye á su obesidad extraordinaria, acompañada de cierto estado delicado y valetudinario, á pesar de creerle el vulgo lleno de salud y robustéz. Aparenta calma, respeto y circunspeccion; las miradas que tiende en rededor suyo no son fijas, y se verifican con rapidéz para dirigirse ora al suelo, aparentando humildad, modestia y veneracion, ora al cielo, hácia el que inclina fervoroso su cuerpo en ademán de suplicar piedad y misericordia al Todopoderoso. Gall y Lavater han crei-

do que los mas fervorosos devotos son por lo regular calvos, y que su cabeza presenta una cima á la manera que la de S. Bruno.

En contraposicion de la vida sedentaria haremos notar así la actividad como el carácter resuelto y atrevido que trae consigo el servicio de las armas. El militar jamás presenta el cuerpo obeso, el vientre abultado y pereza en los movimientos; es, por el contrario, ágil, ligero y de carácter violento, y siempre parece estar dispuesto á rechazar el mas ligero insulto. El aire de intrepidez y de arrogancia que en él se descubren es indefinible; solo puede ponerse en evidencia por la fuerza incalculable del dibujo y del color.

Los hombres sufren tambien alteraciones parciales ó generales en sus formas, segun las partes del cuerpo que ponen en ejercicio para el desempeño de sus respectivos oficios. Entre éstos hay algunos que exigen grandes esfuerzos musculares que desarrollan vigorosamente los miembros y el torso del que los egerce, como sucede en los labradores, faquines, mozos de cordel, aserradores de madera, herreros, carpinteros, bailarines, chocolateros, etc., lo cual no sucede si se entregan á excesos debilitantes, mientras que otros individuos, como los sastres, zapateros, tejedores, bordadores, modistas y amanuenses, se crian débiles, escasos de fuerzas, linfáticos, y con frecuencia escrofulosos, raquíticos y jorobados, en virtud de la habitual posicion encorvada del tronco hácia delante en que necesitan permanecer, prescindiendo ahora de las frecuentes deformidades que se notan en estos individuos, no adquiridas en el ejercicio de estas profesiones, sino que se dedicaron á ellas obligados por su débil y defectuosa constitucion.

Si nos trasladamos á los penosos talleres y á las profundas minas, veremos á los hombres que en ellas trabajan salir macilentos, desencajadas sus facciones, como espresando las tristes señales del dolor y de los padecimientos que sufren hacinados dentro de estrechas viviendas y respirando un aire viciado de vapores mefíticos.

La miseria, la mala educacion y las peores costumbres engendran en el hombre inclinaciones horribles para la sociedad. El feróz ladrón tostado del sol, con los cabellos largos, erizados y la barba crecida, anda errante y fugitivo por los montes y valladares, siempre con los ojos relunfrantes para acechar su víctima, y á las veces para huir de su continuada y perseverante persecucion. Todos los movimientos son bruscos y agitados, su cuerpo se halla en una estrema tension, acompañada de sobresalto unas veces, otras de desesperacion y crueldad, difundiendo el terror por las comarcas con el robo, el asesinato y el incendio. ¿Qué diferencia entre el valor de estos seres sanguinarios y la energía que caracteriza al combatiente en los campos de batalla! Aquellos acechan, espian y sorprenden impunemente á traicion al viagero y al hombre tranquilo en su morada, los

(1) Por mas que hayan dicho algunos viageros haber visto andar á cuatro pies al hombre salvaje, esta posicion no es la que naturalmente le corresponde, atendida la conformacion especial de sus miembros y la disposicion de su cabeza.

miran con ojos feroces y los arrojan al suelo amenazándoles con el agudo puñal ó con la mortífera boca de una pistola, infundiéndoles terror, espanto y afliccion. El combatiente se presenta arrogante, orgulloso y valiente ante su adversario, no le teme ni menos le acobarda, le mira con faz serena y le resiste con bravura si no le vence en la pelea.

Finalmente, cuando el hombre se ve reducido á una prision, privado de luz, del aire libre, de una buena alimentacion, de la libertad de sus acciones y del egercicio natural del cuerpo, adquiere carnes blandas, blancas y pulposas, cabellos largos y en desórden, los cuales suelen encanecer casi repentinamente, y cuando no, comienzan á caer por la frente y porcion superior de la cabeza quedando mas ó menos declarada la calvicie, los párpados aparecen como hinchados, los ojos profundos y la barba mas ó menos crecida. En otras ocasiones la nutricion desmerece en alto grado, como en los prisioneros de guerra, los cuales no suelen estar privados tan constantemente de la ventilacion y de la luz, pero sufren por el contrario una demacracion espantosa, ocasionada por la escasa y mala alimentacion y el egercicio á veces tan violento de las marchas, en contraposicion del reposo de los encarcelados. Todos los pensamientos de estos infelices están reducidos á combinar los medios para conseguir su perdida libertad: unas veces se entregan á la desesperacion, otras á una meditacion profunda y silenciosa, manifestándose de dia en dia mas y mas las arrugas que sulcan sus facciones, las eminencias causadas por los pómulos y el hundimiento de los ojos hácia el vértice de las órbitas, los músculos se adelgazan y casi llegan á perderse, las formas del esqueleto hieren horrorosamente la vista del observador.

Trazados, pues, los diferentes caracteres y formas individuales segun la rápida ojeada que hemos dado, atendidas sus costumbres, estado social y género de vida, nos toca tratar en otro artículo de los caracteres nacionales y de las razas humanas, con lo cual habremos dado una suscita reseña artística del hombre considerado en sí mismo y con relacion á las circunstancias que le rodean.

Revista de Academias.

EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA CORUÑA, por efecto tambien del rigor con que el cólera se presentó y ha permanecido en toda la provincia, no ha podido hasta ahora verificarse la apertura de estudios: pero libres ya de tan terrible azote se halla abierta la matricula, ascendiendo á 200 próximamente los matriculados, número no escaso, atendidas las circunstancias. Sentimos un placer en consignar aquí los esfuerzos hechos por

esta corporacion, y muy particularmente por su laborioso secretario, en favor de la prosperidad de las artes y el adelanto de la juventud. Tenemos noticias que así nos lo aseguran, manifestándonos el progresivo desarrollo que se ha notado cada año en la esposicion pública que de los trabajos de los alumnos se ha celebrado con motivo de la apertura solemne de los estudios, y las ventajas que del cultivo de las bellas artes obtiene el pais cada dia. Aquella esposicion no se hará en el año presente, porque el luto de casi todas las familias y la afliccion de todos los corazones no lo permiten. Entre las víctimas de la epidemia se cuenta el digno consiliario de la corporacion, Sr. D. Nicolás Fernandez Bolaños, sugeto de vasta erudicion en las ciencias y las artes, laborioso, apéciador del talento, y que ha prestado en su carrera pública muchos servicios al estado. En medio del terror general que el cólera produjo en todos los ánimos, obligando á muchos, sobrado meticulosos, á dejar la ciudad, nos consta que el dicho Sr. secretario de la academia, D. Faustino Dominguez, casi solo, ha permanecido constantemente en su puesto, atendiendo á cuantos trabajos reclamaba la proximidad del curso, y arrojando, por obedecer á lo que el deber y el honor le exigian, todos los azares de la suerte. Tenemos una satisfaccion en pagar este tributo de justicia á tan celoso funcionario.

Seccion de variedades.

RESTAURACION DE LA CATEDRAL DE PALMA DE MALLORCA.

REMITIDO.

Sres. Redactores: Habiendo leído con singular placer los interesantes artículos de su periódico, acerca del poco acierto con que se ha llevado á cabo la restauracion de la catedral de Murcia, ocurreme la idea de comunicar á VV. los proyectos preparados para restaurar la catedral de Palma de Mallorca, que recientemente hemos visto en el estudio del Sr. D. Juan Bautista Peyronet.

A los esfuerzos é intancias de la comision central de Monumentos y de las corporaciones de Palma es debida la restauracion de este edificio, cuya fachada principal y parte de su bóveda están amenazando ruina, y que es uno de los mas importantes de España, como manifestó el año pasado en un luminoso informe al Sr. ministro de Fomento el espresado D. Juan Bautista Peyronet, como designado que fue por dicha comision.

Aprobado este informe y el dictámen de dicha comision central de Monumentos, pasó todo al Sr. Govantes, ministro entonces de Gracia y Justicia, quien acordó la restauracion del edificio, nombrando al Sr. Peyronet para la formacion de los planos y direccion de las obras. Estas han dado

ya principio, pues el apeo necesario para desmontar la gran bóveda está para concluirse, y los planos se hallan de todo punto terminados.

Constan éstos de diez hojas de gran tamaño, de las cuales cinco representan el edificio en su estado actual, y las otras cinco comprenden la restauración de que vamos á dar una ligera idea.

En la parte interior se traslada el coro, que hoy ocupa el centro de la iglesia, á la capilla Real, formando en esta un gran presbiterio, colocando un retablo y altar bajo una forma especial, que debe producir un grande efecto desde las naves de la iglesia que tienen tanta estension; desaparece la falta de luces con el rompimiento de unas ventanas que llevarán vidrieras de colores del estilo gótico, y un roseton de gran tamaño de la fachada principal, hoy tabicado, será igualmente calado con vidrieras análogas á las de la capilla Real, que es el único punto por donde penetra la luz al presente. También está proyectada una sacristía espaciosa y de elegante forma, sacando partido de un patio de poco uso; esta necesidad está muy bien comprendida, pues que las mal llamadas sacristías no son otra cosa que tres piezas irregulares y pésimamente dispuestas.

La fachada principal, ó sea del llamado Portal mayor, que ha sido objeto de tantos dictámenes, recibe una trasformación de la mayor importancia, habiendo manifestado el Sr. Peyronet todo el lleno de conocimientos que posee en el arte y la ciencia, circunstancias difíciles de conciliar, pues lo que por una parte favorece á la solidez, destruye por otra á la ornamentación.

El estilo que ha adoptado es el gótico, y á pesar de que la portada existente es del renacimiento, no desentona y hace por el contrario un buen efecto. El conjunto es bello, hay piramidación, armonía y carácter, que es cuanto puede apetecerse.

Todos los dibujos están acuarelados, escepto el que representa la fachada restaurada y las dos lindísimas puertas laterales que solo están delineadas con algun efecto, en lo que ha hecho muy bien su autor, pues la acuarela hubiera hecho desaparecer las partes menudas y delicadas.

Las secciones pertenecientes á la representación del estado actual dan cuenta de todo el sistema de cortes canteriles con una exactitud extraordinaria, y que dan idea de la precisión y conciencia de estos trabajos.

Suponemos que el Gobierno no desatenderá la continuación de tan importante obra, pues la ruina de un edificio tan notable y de tanta consideración, y único en la isla, ruina inevitable si no se hacen las obras indicadas por el Sr. Peyronet, sería un baldon para el país, que empieza á comprender la importancia que tiene en una nación todo edificio, cualquiera que sea el uso á que esté destinado, si es bueno y bello.

Sección oficial.

Ministerio de Fomento. — Bellas artes y escuelas especiales. — Excmo. Sr.: Vistas las solicitudes elevadas por varios individuos que aspiran al título de maestros de obras, directores de caminos vecinales y agrimensores, algunos de los cuales se hallaban ya ejerciendo aun antes de la reforma de dichas enseñanzas; vistas las dispensas que á algunos han sido concedidas por diferentes juntas de gobierno para poder obtener los espresados títulos:

Considerando que estas dispensas en profesiones científicas no pueden ser ni entenderse sino con sujeción á previo exámen, y que aun el concederlas así á determinados individuos con exclusión de los demás, sería crear un privilegio que los sanos principios condenan y nuestra legislación no consiente, y que por tanto deben aquellas ser objeto de una disposición general, S. M. la Reina (Q. D. G.), á pesar de que ya antes de ahora se han concedido otros plazos con el mismo objeto, usando de equidad, y teniendo en cuenta la importancia relativa de ambas carreras, se ha servido disponer lo siguiente:

1.º Se concede un plazo de cuatro meses improrrogables, que empezarán á contarse desde la fecha de esta Real orden, para que todos los que aspiren al título de Agrimensores puedan examinarse en la forma y de las materias que eran objeto del exámen con anterioridad al reglamento de 1851; pero advirtiéndole que el exámen ha de hacerse en alguna de las academias existentes de Bellas Artes, y por tanto precisamente en las capitales en que haya academia.

2.º Igual plazo se concede á los que quieran presentarse á exámen de maestros de obras y directores de caminos vecinales; pero con la precisa circunstancia de que este exámen ha de comprender todas las materias de que actualmente constan dichas enseñanzas, habiendo de celebrarse el exámen ante el tribunal que verifica los de los alumnos que concluyen estas carreras, y por tanto, solo en las academias en que hubiere esta enseñanza especial, y no en ninguna otra.

3.º Verificado el exámen con buenas notas, de lo cual dará cuenta á este ministerio la respectiva academia, podrán los interesados obtener sus títulos, previa la consignación y pago de la cantidad que se exige para su expendición.

De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento, y que pueda comunicarlo á los presidentes de las academias de Bellas Artes para los efectos consiguientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 20 de Noviembre de 1854.—Luxan.—Señor director general de Bellas Artes y escuelas especiales.

VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, CALLE DEL MILAGRO.